Hoy escribe JAIME GUZMAN

En la última tarde del año

LAS declaraciones formuladas anteayer por el Obispo Orozimbo Fuenzalida vienen como anillo al dedo para reflexionar en la última tarde del año.

Refiriéndose al reciente y polémico documento de la Conferencia Episcopal, titulado "El renacer de Chile", Monseñor Fuenzalida ha dicho lo siguiente:

"Sin querer disentir con la declaración de los Obispos de la asamblea plenaria, ni hacer división interna, creo que ese documento debió contener la otra cara de la medalla, es decir, el esfuerzo que hace el Gobierno para mejorar la situación imperante".

Y ha añadido: "Soy partidario de destacar también los hechos positivos, porque a nada conduce dramatizar con negatividad los acontecimientos... En estos momentos hay que ser muy cauteloso. Muy cuidadoso, porque se corre el riesgo de servir los intereses de aquellos que estarían contentos con ver al país hundido en el fracaso. No vaya a ser que la extrema izquierda, el marxismo, piense que los Obispos les estamos abriendo la puerta".

No es mi propósito reiterar, aquí, mis serias aprensiones por la forma en que muchos Obispos y documentos episcopales chilenos mezclan materias propias de su Magisterio con otras que claramente no lo son, sin precisión ni distingo alguno al respecto. Tampoco deseo insistir en el grave daño que advierto en la excesiva profusión con que ellos incursionan en campos políticos y económico-sociales que desbordan el ámbito de dicho Magisterio, incluyendo juicios prudenciales o técnicos acerca de los cuales los católicos podemos legítimamente sustentar muy diversos puntos de vista.

Tan sólo me interesa subrayar, en estas líneas, la importancia de que cuando los Obispos entren en semejantes apreciaciones contingentes, a lo menos busquen hacerlo de modo objetivo y profundo. Sin caer en las simplificaciones unilaterales propias del abanderamiento político más apasionado.

Con todo, pienso que la prevención de Monseñor Fuenzalida debiera recogerse no sólo por sus hermanos en el Episcopado o en el sacerdocio, sino por muchos otros simples ciudadanos.

Parece haber consenso de que 1982 no ha sido "un buen año". Podrán discutirse las causas de ello o, más bien, enfatizar en el impulso de soluciones. Pero, en cualquier enfoque, estimo vital ver las dos caras de la medalla y lograr un juicio equilibrado. ¿Comparemos, para ello, el fin de 1982 con el de hace diez años?

Al terminar 1972 vivíamos una crisis económico-social mucho más grave que la presente. Y, además, la escasez era el preludio de la definitiva tarjeta de racionamiento; la violencia de grupos extremistas armados ilegalmente constituían el anticipo de la asonada que el comunismo preparaba para asaltar el poder total; el odio entre los chilenos, sistemáticamente fomentado, y la violencia moral de cierta prensa canallesca, representaban los preparativos de la inminente guerra civil que serviría de instrumento para transformarnos en un Estado totalitario.

Faltaban sólo meses para que, en 1973, estuviéramos al borde de perder para siempre todas nuestras libertades y de que Chile viera irreversiblemente enajenada su soberanía, convirtiéndose en un satélite más de Moscú.

¿Puede ello asimilarse al actual desafío de recuperar la confianza para la superación de la crisis económico-social que nos aflige —por dura que ésta sea— y de robustecer el avance hacia la plena democracia constitucionalmente aprobada?

La sola comparación sugiere más contrastes que analogías. Y sirve, quizás, para enfrentar nuestro presente y futuro con mayor perspectiva y sensatez.

"En todo enfoque estimo vital ver las dos caras de la medalla y lograr un juicio equilibrado y con perspectiva. ¿Comparemos, para ello, el fin de 1982 con el de hace 10 años...?

La Seg. 31-XII-82